

La faz convierte indignada
Y le responde: —¡Asesino!
Las vencedoras falanjes
De los tres pueblos unidos

Vendrán por ellos mañana;
Y cuando el recuerdo vivo
De crimen tamaño llegue
A los venideros siglos,

Lo seguirá la memoria
De tu cabal exterminio.»
Dice, y del palacio sale
Sofocando sus gemidos.

Atónito el viejo queda
Como clavado en el sitio;
Y, cual si de aquella joven
Dar peso hubiera querido

El cielo a las amenazas,
Terremoto repentino
De Oriente a Occidente agita
De Chalco los edificios.

Su brusco embate sintiendo,
Los ojos lleva indeciso

A las paredes que crugen
El señor despavorido;

A tiempo que, mal sujetos
Con estudiado artificio
Por medio de estacas fuertes
Y de cordeles distintos,

Los inanimados cuerpos
Perdieron el equilibrio,
Y, unos con otros chocando
En movimiento continuo,

Las yertas manos parecen
Darse en ademán de amigos
Y a su verdugo encararse
Con ceño provocativo;

O sus cabezas golpean
Contra el muro de granito,
Cadencia horrible formando
Del rudo temblor al ímpetu.

Toteótzin a su aspecto
Creyó perder el juicio,
Y, cayendo y levantando,
Salió del salón sin tino.

Su hogar la gente abandona
Buscando en la calle asilo,

Y el silencio de la noche
Turban lejanos bramidos.

Y, al ver que el Popocatépetl
Muestra en su elevado pico
Roja aureola que a trechos
El humo vela sombrío,

Temen que ignotas desdichas
Anuncien tales prodigios,
Y se acobardan un punto
Los nunca domados indios.

ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente día
Halló a los hijos de Chalco,
De armas y escudos provistos,
Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca
A los pueblos inmediatos
Y en confusión, los enfermos,
Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan
Con apresurado paso
Los *quimichtin* o ratones,
Espías que disfrazados

Observan los movimientos
Y número del contrario,
De que a la ciudad se acerca
Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía
Con sus arreboles claros
Cuando, a la vista, en el monte
Los de Texcuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte
Que con hostil aparato
Naves infinitas cubren
La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuáztin
A Texcuco y al palacio,
Halló en inquietud profunda
Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse a explicarles
Su proceder, demudado
El rostro y en él visibles
La cólera y el espanto,

Les grita: «¡Guerra sin tregua
Ni compasión al tirano!

Las víctimas, pueblo y reyes,
Esto os dicen por mis labios.

«Sus cadáveres alumbran,
Puesta la tea en las manos,
El trono de su verdugo
Y nuestro común agravio.

«Yo le ofrecí que por ellos
Los tres pueblos aliados
Presto irían, y él lo duda;
Cumplid mi palabra y vamos!»

Atónitos los tres reyes
Con tal discurso quedaron,
Y en vano Nezahalcóyotl
Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,
Tendió la diestra en el acto
A Totoquihuáztin triste
Y a Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,
Fiel compañero del rayo,
De los tres brilló en los ojos
Y a un tiempo los tres clamaron:

«¡A castigar su martirio!
¡Sin dilación a vengarlos!»

Y la nobleza y el pueblo
A una voz responden «¡Vamos!»

—

En poder y artes de guerra
Como el primero y más sabio,
De la resuelta campaña
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido
Ejército texcucano,
Con su rey a la cabeza,
Por tierra atacase a Chalco;

Y él, de México y Tacuba
Con los combatientes bravos
Y llevando al animoso
TotoquiHuáztzin al lado,

En innumerables botes
Que al punto listos quedaron,
Ir por el agua y a un tiempo
Dar irresistible asalto.

—

Saliendo el sol encendido
Por el Oriente lejano,

Nezahualcóyotl revista
Pasó a los fieles soldados.

En compañías formóles,
A cada cual señalando
Rico estandarte diverso,
Jefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,
De la brisa a los halagos,
Con primorosos matices
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre
De las picas y los dardos,
Y ya impaciente el hondero
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo a la cima
De no distante collado,
Sonoro atambor golpea
De su espada con el mango;

Y esta señal no bien oyen
Todos los guerreros, cuando,
Tal como represas aguas
Si el dique a romper llegaron,

Con alaridos siniestros
Se precipitan al llano,

Hasta chocar contra el muro
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,
Hieren y matan, y, al cabo,
Sus propios muertos y heridos
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera
Ajoquentzin temerario,
Hijo del rey, que ha ofrecido
Vengar a sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste
A la lid y mira el daño
Que tomar, tras rudo esfuerzo,
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas
A más de quinientos pasos;
El grueso dellas oculta
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,
Armas y escudo arrojando,
Corran por distintos rumbos
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,
Del muro, poco avisados,

Salieron los enemigos
En gran desorden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin
Gozar con el espectáculo
De la atroz carnicería
Que iba a hacerse a los contrarios;

Y avanza en regia litera
Que llevan mancebos cuatro,
Y ordena que a los vencidos
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno
Y en ancho sitio escampado,
Cayóles Nezahualcóyotl
Como a su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,
Silban la piedra y el dardo,
Chocan escudos y picas,
Suenan la maza en los cascotes.

El aterrador miquáhuitl,
De trozos de itztli erizado,
De la cabeza a las plantas
Hiende a los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita
El triste efecto palpando,